

vantó, recibió las gracias que mister Dombey le dió, y con la misma frialdad que antes, se acercó al piano y se puso á tocar.

¡Oh, no, no; por Dios, mistress Granger! Otro, otro canto, no ése. Es usted muy hermosa, tiene usted una voz admirable; pero, por Dios, ¡no cante usted esa canción, la misma que la hija abandonada cantaba al hijo muerto!

Mas ¡ay! el padre no conocía esta canción. ¡Cómo podría conocerla, si era canción de su hija! ¡Qué canción de su hija podría enternecerle! Duerme, Florencia, duerme. Paz á tus ensueños, aunque la noche sea lóbrega, aunque las nubes se amontonen y aunque la tempestad ruja á lo lejos.

CAPITULO XXII

MÍSTER CARKER EN EL EJERCICIO DE SU CARGO

Mister Carker, el jefe, está sentado en su escritorio, pulido y calmoso, como siempre, leyendo las cartas que él solo tiene derecho á abrir. De cuando en cuando pone notas ó indicaciones, según requieren los asuntos á que se refieren, y luego las agrupa en paquetes para distribuir en los negociados correspondientes de la casa. Esta mañana el correo ha sido abundante, y Carker tiene mucha tarea.

En la manera general del trabajo en que este hombre se encontraba engolfado, mirando los papeles en la mano, haciendo montoncitos con ellos, tomando papeles de otro montón, frunciendo el ceño al verlos, mordiéndose los labios, escogiendo, parándose á pensar, había no poca semejanza con un hombre que estuviera jugando á los naipes. La misma cara de mister Carker contribuía á la ilusión. Era efectivamente la cara del hombre que va estudiando el juego, que quiere dominar sus diferentes lances, que tantea las probabilidades de triunfo, mediante el conocimiento del plan y de las cartas de su adversario, sin dar á conocer nunca las suyas.

Las cartas llegaban al escritorio escritas en dife-

rentes lenguas, pero esto no importaba: Carker las leía todas. No había nada en la casa Dombey é Hijo que su primer empleado, Carker, no fuera capaz de leer; de otra manera le hubiera faltado un triunfo en su juego. Con una mirada se enteraba de todo, abarcaba las posibles diferentes fases de un negocio; era como si conociese los naipes á primera vista, y después de tenerlos boca arriba, pensara en las combinaciones factibles. Harto fuerte para compañero, temible para adversario, Carker jugaba solo, en su mesa, iluminado por los rayos de sol que entraban por la techumbre de cristales.

No está averiguado, ciertamente, que los instintos del gato le lleven á jugar á las cartas y, sin embargo, el felino Carker jugaba al mismo tiempo que, tomando el ardiente sol de verano, daba sombra en el suelo, como la cifra única de un reloj de sol cuya esfera era el suelo. Á esta luz parecía menos marcado aún el color del pelo y de las patillas de este hombre. Nunca fué un color franco, pero ahora lo parecía menos: algo como de gato rubio ceniciento. Ahí está, cuidadoso de no mancharse las afiladas uñas, deteniéndose de cuando en cuando en acecho de los átomos de polvo que van á caerle encima, soplando para que no se posen en su mano, en sus puños de camisa, blancos y relucientes. Ahí está mister Carker, el hombre de los modales finos, de los dientes agudos, de corazón de roca y de traje limpiísimo. Trabaja: trabaja con paciencia y constancia, está en espera de algo, acecha la salida del ratón para abalanzarse y atraparlo.

Ya están acomodadas las cartas, todas menos una, que exige particular examen. Guarda en un cajón la correspondencia confidencial y luego llama.

Al sonido de la campanilla entra en el despacho de

mister Carker el otro Carker, John, su hermano.

— ¿Por qué vienes tú? — le dijo el jefe.

— Porque el ordenanza no está y soy yo quien se halla más cerca.

— Más cerca... ¡Grande honor para mí! — repuso el Carker jefe.

Y señalando con el dedo los paquetes de cartas, se volvió de espaldas á su hermano y se puso á leer la carta única que había puesto aparte.

— Siento mucho molestarte, James; pero...

— ¿Pero qué? Ya suponía yo que querías algo; — dijo desdenosamente el jefe sin dignarse mirar á Jonh. — ¿Qué hay?

— Estoy muy inquieto por Enriqueta...

— ¿Por Enriqueta?... ¿Quién es Enriqueta? No conozco á nadie de ese nombre.

— Está muy mal, muy desmejorada desde hace tiempo.

— Hace tiempo que está muy mal; — replicó el jefe; — eso ya lo sé.

— Si quisieras oirme...

— ¿Oírte, hermano? — Y pronunció la palabra hermano con énfasis, para que se notara la intención irónica que daba á esta expresión aparentemente afectuosa. — Enriqueta Carker optó hace tiempo por uno de sus dos hermanos: si ahora lo lamenta, peor para ella; que se aguante.

— No me comprendes. No he querido decir que Enriqueta se lamenta de nada; sería negra ingratitud de mi parte suponerlo siquiera; lo que hay es, James, que me apena tanto como á ti el sacrificio hecho por ella...

— ¡Tanto como á mí! — exclamó James; — ¡como á mí!

— Quiero decir que me apesadumbra el que Enriqueta haya optado por mí, como tú dices, — repuso John, — y que siento mucho que por esto te irrites...

— ¿Irritarme? — exclamó James Carker apretando los dientes.

— Irritarte, ó disgustarte; pon la palabra que te parezca; lo que quiero decir, bien lo sabes: no tengo intención alguna de ofenderte.

— Todo cuanto haces me ofende, — contestó James, lanzando á su hermano una mirada amenazadora, que al momento cambió en una sonrisa; — llévate esos papeles y déjame en paz; tengo que hacer.

Esta actitud de Carker era más temible que su ira. John se dirigió hacia la puerta, pero al llegar á ésta se detuvo, y, mirando al interior del despacho, añadió:

— Cuando Enriqueta quiso intervenir en favor mío para aplacar tu legítima indignación en mi primera desventura, cuando se separó de ti, James, para seguir á su desgraciado hermano que sin ella estaba perdido, era joven y hermosa. Si quieres verla ahora, si quieres, quedarás admirado y compadecido.

El jefe tornó la cabeza enseñando los dientes, como si quisiera decir: «¿Qué me importa?»

Pero no dijo una palabra.

— Entonces pensábamos tú y yo que Enriqueta se casaría joven, que sería feliz y que disfrutaría de una vida sin grandes penas ni trabajos — prosiguió Carker el humilde. — Si hubieras visto con qué alegre resignación renunciaba á todas estas esperanzas, sin volver nunca más la vista al pasado, no dirías hoy que este nombre te suena extraño en los oídos.

El jefe tornó de nuevo la cabeza y otra vez enseñó

los dientes como diciendo: «¡Hola, hola! ¿Qué es eso que me cuentas?» Pero lo mismo que antes, nada dijo.

— ¿Puedo continuar? — preguntó John humildemente.

— ¿Tu camino? — contestó James sonriente. — Sí, sí; hazme el favor.

John Carker suspiró, pasó la puerta y ya desaparecía en el pasillo cuando su hermano le llamó, y con voz alterada, echando la carta que tenía en la mano encima de la mesa y metiéndose las manos en los bolsillos, habló James de esta manera:

— Si está contenta con la determinación que ha tomado, yo también lo estoy con la mía. Díselo. Y dile también que si ella no ha vuelto nunca la vista al pasado, yo sí la he vuelto muchas veces para acordarme de qué manera salió á tu defensa. Mi resolución es tan inquebrantable como el mármol.

— Nunca hablo yo á Enriqueta de ti: de ti no hablamos los dos nunca. Una vez al año nada más dice siempre Enriqueta: «Acordémonos de que hoy es el santo de James: ¡ojalá sea feliz!» Nada más que esto.

— Pues bien, sea para ti entonces: no se te olvide nunca: no pronuncies jamás su nombre en mi presencia: para mí no hay Enriqueta Carker, no conozco semejante persona. Si tú tienes una hermana, mejor para ti; yo... yo no tengo ninguna.

Mister Carker cogió otra vez la carta que había echado en la mesa y con ella señaló la puerta á su hermano, con ademán de cortesía burlona. Marchóse John, y James le siguió con la vista hasta que desapareció en el pasillo. Luego se acomodó de nuevo

en su sillón y se puso á leer tranquilamente la carta que tenía en la mano.

Era una carta de su principal mister Dombey, fechada en Leamington. Aunque tenía costumbre de leer las cartas muy de prisa, ésta la leyó lentamente, como si fuera palabra por palabra y apreciando el valor y alcance de cada una. Cuando la leyó toda, hasta el fin, volvió al principio y se fijó en los párrafos siguientes:

« El cambio de aires me ha sentado perfectamente. Aun no me decido á fijar la fecha de mi vuelta. Quisiera que se arreglase usted de modo que pudiera venir para darme noticias, personalmente, del estado en que se encuentran los negocios. Se me olvidó hablar á usted del joven Gay. Si no se ha ido ya en el *Hijo y Heredero* ó si la nave aun se encuentra en los *docks*, envíe usted á la Barbada otro joven y quédese Gay en la oficina hasta nueva orden. Aun no estoy decidido. »

— ¡Lo malo de esto es — pensó Carker abriendo una boca de oreja á oreja — que ya llega tarde el encarguito!

Volvió á leer el párrafo y de nuevo puso en movimiento sus dientes, diciéndose:

— Me parece que mi querido amigo el capitán Cuttle me indicó algo de esto, y que deseaba detener al joven por acá en espera de estas nuevas órdenes. ¡Qué lástima ¿eh? que ya esté lejos!

Plegó la carta, la dejó encima de la mesa, la trajo más acá, la puso más allá, la dió vueltas pensando probablemente en cosas que nada tenían que ver con ella, y en tal distracción se encontraba cuando oyó que llamaban discretamente á la puerta. Era Perch, el mozo del escritorio, que traía papeles, y se adre-

lantó haciendo reverencias hasta dejarlos en la mesa.

— ¿El señor está muy ocupado? — dijo Perch tornando la cabeza de perfil, manera de mirar ó, por mejor decir, de no osar dirigir la mirada, que le parecía señal de gran respeto.

— ¿Alguien pregunta por mí?

— ¡Oh! señor — contestó Perch con voz apagada, — alguien precisamente no; es ese señor Gills, el instrumentista de náutica, que venía para el pago de una cuentecita: le he dicho que estaba usted muy ocupado, ocupadisimo.

Dicho esto, Perch se llevó la mano á la boca y tosió ligeramente, quedándose en espera de órdenes.

— ¿Nadie más ha venido?

— No, señor, es decir, si, señor; — contestó Perch, — si así puede decirse de ese chico que se presentó la semana pasada y ayer también solicitando una colocación. Por ahí anda, señor — diciendo esto Perch cerró la puerta, — en el patio, silbando á los gorrones.

— ¿Dice usted que solicita una colocación? — preguntó Carker recostándose en el sillón y mirando á Perch.

— Si, señor — contestó el sirviente tosiendo y llevándose otra vez la mano á la boca, — es decir, que lo que pedía era que se le enviase á los *docks*, visto que tiene mucha costumbre de pescar con caña, sólo que... — Perch movió la cabeza como diciendo que le parecía dudoso el resultado.

— ¿Qué dice cuando viene? — volvió á preguntar Carker.

— Pues dice — y aquí tosió Perch por tercera vez y siempre llevándose la mano á la boca — que quisiera hablar con alguno de los señores, porque tiene

mucha necesidad de ganarse la vida. Pero, ¿sabe usted? — y al decir esto Perch bajó la voz aún más y miró á la puerta si estaba bien cerrada, como si fuera á revelar un secreto inviolable — ¿sabe usted? hay una cosa que no me cabe en la cabeza. Ese granujilla va diciendo por todas partes que su madre fué la nodriza del señorito Pablo y que por esta razón la casa le ha de proteger. ¡Ah! crea usted, señor, que en aquellos momentos mi mujer estaba criando una hijita, tan sana y buena como la mejor criatura de cuantas nos hemos permitido adicionar á nuestra familia. Pues bien, nunca me hubiera tomado yo la libertad de dejar entender que mi mujer habría podido ser tan buena nodriza como la más capaz y perfecta; nunca lo hubiera dicho ni lo diría si se presentase de nuevo el caso.

Mister Carker hizo una mueca de tiburón, pero como distraído y preocupado.

— Tal vez sea lo mejor — añadió Perch después de una pausa y de otra tosecilla, — tal vez sea lo mejor espantar á ese granujilla diciéndole que se vaya y no vuelva si no quiere que le denuncie á la policía y lometan en la cárcel. Por mi parte, crea usted, señor, que tengo mis temores; además, el estado interesante de mi mujer me ha puesto en una inquietud nerviosa: lo mejor sería que lo encerraran.

— Tráigamelo usted, Perch — dijo Carker, — quiero verle.

— Está bien, señor. Pero, dispense usted — dijo Perch quedándose indeciso en la puerta, — tenga presente que es un pillete de cuidado.

— No importa. Si está por ahí, tráigamelo. Recibiré después á mister Gills: dígame que se espere.

Perch saludó, salió y cerró la puerta con tantas

precauciones como si no hubiera de tener que abrirla más en una semana. Y al momento se fué al patio en busca del pillete de los gorriones. Cuando se quedó solo Carker se situó delante de la chimenea, en su postura predilecta, mirando á la puerta con expresión de acecho.

No tardó mucho en regresar el mensajero, seguido de un gran ruido de pasos, de unas fuertes pisadas con zapatos que semejabán un arrastre de cajas por el suelo. Aunque no era correcto ni tenía costumbre de hacerlo, Perch decía:

— ¡Ea! venga usted por aquí.

Y así condujo á la presencia de mister Carker á un muchacho de unos quince años, robusto, carirredondo y colorado, la cabeza de bola, los ojos negros y redondos, el cuerpo redondo, y, porque todo en él fuese redondo, llevaba en la mano un sombrero redondo sin ningún género de alas.

Obedeciendo á una señal de mister Carker, el ordenanza salió dejando al joven en presencia del jefe. Cuando éste se vió sin testigos fué al chico, le cogió por el cuello y le dió tal meneo que la cabeza parecía escapársele de los hombros.

El muchacho, asustado, viendo que aquel señor de grandes dientes blancos le estrangulaba y aquellas misteriosas paredes entre las cuales tan imprudentemente se había metido, quiso hablar, decir algo para salvarse del peligro.

— Basta, señor, suélteme usted, suélteme...

— ¡Que te sueite! — dijo mister Carker. — Ahora verás, bribón. Ya te tengo, ¿eh? — No había duda.

— ¡Perro! ¡te voy á estrangular!

Biler se echó á llorar. ¿De veras iba á estrangularme? ¿Por qué? ¿Qué había hecho? ¿Por qué?

se metía aquel hombre con otro tan grande como él y no con un chico? Pero Biler había quedado confundido por aquel increíble recibimiento, y así, cuando su cabeza quedó sin sacudida, miró á Carker, le miró á lo blanco de los ojos ó, mejor, á lo blanco de los dientes, y tuvo miedo, miedo de veras que le hizo llorar más fuerte aún.

— ¡Yo no le he hecho á usted nada, señor! — gimió Biler, por otro nombre Rob, por otro nombre Grinder y, verdaderamente, por su apellido, Toodle.

— ¡Tunante! — le dijo mister Carker soltándole y volviendo á su posición predilecta. — ¿Cómo te has atrevido á venir aquí? ¿Qué intenciones eran las tuyas?

— Yo no tengo intenciones, señor — contestó Rob llevándose una mano al cuello y restregándose los ojos con la otra. — ¡No volveré más, señor! Yo no quería más que pedir trabajo.

— Trabajo, ¿eh? — repuso Carker. — Señor Caín, ¿no es usted el mayor vagabundo de Londres? — Y Carker le miró bien fijo en la cara.

Esta censura, que lastimó mucho al joven Toodle, cuadraba muy bien á lo que éste era, y así no halló el censurado palabra alguna de disculpa. Quedóse inmóvil, mirando á Carker con espanto, convicto, con aire de remordimiento. En cuanto á los ojos, no los apartaba de Carker, porque la mirada de éste le fascinaba.

— ¿Tú no eres un ladrón? — dijo Carker, que tenía las manos en los bolsillos de la levita, atrás, en los faldones.

— No, señor; — contestó Rob.

— ¡Cómo que no! — replicó mister Carker.

— No, señor — gimió Rob. — Yo no he robado

nunca, no, señor. Es verdad que he andado en malos pasos cuando me metí á pajarero y á correr por apuesta. Parece increíble — añadió Toodle como manifestando arrepentimiento — hasta qué punto es peligrosa la compañía de los pájaros y de qué modo pueden comprometer esos animalitos.

Por lo menos le habían reducido los pájaros á una singular vestimenta: chaqueta de pana, calzón rapado, chaleco encarnado y una camisa azul á cuadros, sin contar el sombrero antes mencionado.

— No he vuelto á casa hace diez meses — continuó Rob, — desde que me aficioné á esto de los pájaros. No me atrevo á volver; no sé cómo no me he echado á ahogar veinte veces. — Y el chico rompió á llorar de nuevo.

Echarse á ahogar veinte veces hubiera sido una soberbia *performance* que difícilmente habría podido realizar el joven Toodle. Pero, en fin, la mirada de Carker le hacía charlar sin saber bien lo que decía.

— Tú no eres más que un caballereito sin vergüenza dijo Carker, — una buena pieza. Una sogá es lo que necesitas.

— ¡Si usted supiera! — continuó Rob gimoteando — ¡si usted supiera cuántas veces hubiera querido yo una sogá para ahorcarme! Todas mis desgracias, señor, vienen del día en que empecé á hacer novillos. ¡Por qué haría yo novillos!

— ¿Hacer novillos? — dijo Carker.

— Sí, señor; no ir á la escuela; — contestó Rob.

— ¿Hacer que ibas y no ir?

— Eso es, señor — repuso el antiguo Grinder muy afectado. — Me acosaban cuando pasaba por las calles y luego en la escuela me pegaban. De manera que me escondía, y así empecé.

— ¡Y con todo esto vienes á pedirme una colocación! — dijo Carker cogiendo otra vez por el cuello al muchacho, levantándolo en el aire y teniéndolo así, á pulso, unos momentos.

— Se lo agradeceré mucho, señor; — murmuró Rob con voz ahogada. — Tómeme usted á prueba.

Mister Carker empujó al chico hacia un rincón, y el chico siguió el impulso dado sin atreverse á modificar la dirección y sin respirar casi. Mister Carker tocó la campanilla.

— Diga usted á mister Gills que pase — ordenó á Perch.

Perch era harto respetuoso para darse por enterado de que en un rincón estaba el granujilla de los pájaros. No dijo una palabra y se fué en busca de mister Gills.

— ¡Señor Gills! — exclamó Carker sonriente al entrar el óptico. — ¿Cómo está usted? ¿Sigue usted bien? Siéntese.

— Muchas gracias, señor Carker; — contestó Solomón sacando al mismo tiempo unos cuantos billetes de banco que puso encima de la mesa. — No tengo más enfermedad que la vejez. Veinticinco libras esterlinas; aquí tiene usted.

— Es usted exacto, señor Gills, lo mismo que sus cronómetros; — dijo Carker, sonriendo siempre. Al mismo tiempo sacó un papel de uno de los numerosos cajones de la mesa, escribió en él algunas palabras, lo firmó y se lo entregó á mister Gills.

— ¿No hay aviso del *Hijo y Heredero*? — preguntó Solomón con acento que procuraba no fuese tembloroso.

— No; no hay nada todavía. Se dice que el tiempo

ha sido malo; hubo tormentas: tal vez habrá corrido el temporal...

— ¡Que esté á salvo! ¡Dios lo haga! — dijo Solomón.

— ¡Que esté á salvo! ¡Dios lo haga! — asintió mister Carker con ademán silencioso y con aquella misma expresión que aterraba al joven Toodle, quieto en un rincón del cuarto.

— Señor Gills — dijo Carker recostándose en un sillón, — ¿sentiría usted mucho, sin duda, la ausencia de Wálter, su sobrino?...

Solomón movió la cabeza y suspiró profundamente.

— Señor Gills — siguió diciendo Carker acariciándose con la mano los labios y mirando fijamente á Solomón, — yo creo que le serviría á usted de compañía el tener á un joven para que le ayudara en la tienda. Me alegraría mucho que diera usted ocupación á un joven por quien me intereso. Ya sé que no da gran tarea su tienda — añadió Carker anticipándose á una objeción que mister Gills podía hacerle; — pero siempre se puede emplear el chico en limpiar, quitar el polvo, hacer recados. Ese es el mozo.

Solomón Gills se acomodó las gafas y miró al joven Toodle, que seguía de pie en el rincón: su cabeza parecía salir de un cubo de agua fría: su chaleco subía y bajaba al compás de sus emociones, y sus ojos fijos en mister Carker, no se distraían en su propósito amo.

— ¿Quiere usted llevárselo? — dijo Carker.

La verdad es que Solomón no estaba muy animado con la idea. Sin embargo, creyó que por atención á mister Carker debía contestar afirmativamente. Le dijo, en consecuencia, que sus deseos eran para él órdenes, que se complacía en tener ocasión de ser-

virle, aunque fuera en cosa tan insignificante, y que el guardia marina de madera se consideraría honrado con aceptar á un recomendado suyo.

Carker estrechó la mano de Gills y sonriente dijo :

— Muchas gracias. Téngalo usted consigo hasta que veamos para qué sirve y si merece protección. Me considero garante de él para con usted, señor Gills — añadió mister Carker mirando á Rob, de tal manera, que éste volvió á temblar como antes. — Esta tarde iré á preguntar dos ó tres cosas á sus padres — gente muy buena, — y luego que me haya enterado, se lo mandaré á usted : irá mañana temprano. ¡ Adiós, señor Gills, buenos días !

La sonrisa con que acompañó mister Carker estas palabras, era tan extraña, que el buen Solomón se turbó y hasta se sintió malo. Cuando volvió á su casa tuvo ideas muy tristes : no veía más que mares removidos por la tormenta, barcos naufragados, pasajeros ahogándose y luego una botella, la vieja botella de vino de Madera, que yacia casi enterrada en la bodega y que nunca jamás sería destapada.

— De modo — dijo Carker cogiendo de un brazo al joven Toodle y sacándolo del rincón al medio del cuarto ; — de modo que ya me has oído, ¿ eh ?

— Sí, señor ; — dijo Rob.

— Ya habrás entendido — prosiguió el jefe. — Si tienes algún día la intención de engañarme, de hacerme alguna de las tuyas, más te valdrá echarte á ahogar, como habías pensado, que ponerte delante de mí.

En materia de cosas comprensibles para la inteligencia, de Rob, esta era la más inculcable en su memoria.

— Si me has dicho alguna mentira, una sola men-

tira — añadió Carker, — no te presentes delante de mí nunca. Si es que me has dicho la verdad, ve á esperarme esta tarde cerca de casa de tu madre. Yo saldré de aquí á cosa de las cinco é iré á caballo. Dame las señas de la casa.

Rob dió esta dirección, calle y número, despacio para que mister Carker tuviera tiempo de anotarlas. Repitió el nombre de la calle, deletreando, temeroso de que la confusión de alguna letra fuese la causa de su muerte. Mister Carker le mandó que saliera del cuarto, y Rob marchó, en efecto, mirando, hasta el instante de salir, á su protector, con señales de un miedo imponderable.

No le faltó qué hacer á Carker en el escritorio : tuvo ocasión de enseñar los dientes á muchos : en la oficina, el patio, la calle, la Bolsa, lució su dentadura con excepcional esplendor. Dieron las cinco, llegó el caballo bayo de mister James Carker, montó en él su amo y se alejó por Cheapside, calle arriba.

No es fácil andar de prisa á esta hora, aunque se quiera, por la City ; pero tampoco quería Carker ir de prisa por entre tanta gente y tantos obstáculos : iba al paso, evitando cuanto podía tropezar con los carros y coches, cuidando de no meterse en calles húmedas y fangosas y tomando grandes precauciones para no mancharse lo más mínimo. Iba al paso, mirando tranquilamente á los transeuntes, cuando de pronto vió los relucientes ojos y la redonda cabeza de Rob que, sin duda, le venía siguiendo ; el chico se había ceñido la cintura con un pañuelo de bolsillo, liado como si de este modo se preparase para correr cuanto fuera preciso.

Esta atención, aunque muy lisonjera para Carker, tenía un carácter tan desusado que llamó la atención

de la gente. No tardó en advertirlo Carker y así, para sustraerse á la curiosidad evitando la compañía de Rob, apretó el paso del caballo y encontrándose en una calle limpia, marchó al trote. Á pesar de esto, el joven Toodle no se quedaba atrás; corría de modo acompasado, sacando el pecho y doblados los brazos de la manera que acostumbran los ejercitados en carreras.

Resultaba ridícula esta pertinacia del joven en seguir al jinete; pero como era para éste una prueba de su influencia, hizo como si no se enterase de aquel seguimiento y continuó hacia casa del Toodle. Al acortar la marcha, no sabiendo bien por qué callejas pasaría, cerca ya de la casa, Rob se le presentó para guiarle, y cuando llegó á los edificios que ocupaban el lugar del antiguo Staggs-Garden y llamó á un hombre que estaba en una puerta cochera, para pedirle el favor de que tuviese cuidado del caballo, otra vez se le acercó Rob, teniéndole el estribo.

— Ea, amigo, le dijo Carker cogiéndole del hombro; — echa andar delante.

El hijo pródigo no tenía muchas ganas de volver á la casa paterna; pero como mister Carker no le soltaba, no tuvo más remedio que seguir adelante en efecto, y de dar con la puerta, entrar en el cuarto, hallarse en medio de sus hermanos y sentarse á la mesa con toda la familia. Al verle entrar sujeto por un hombre desconocido, la madre, los hermanos, todos prorrumpieron en una exclamación de sorpresa y de susto. El hijo pródigo tomó también parte en el coro, al ver á su madre, pálida y temblorosa que con una criatura en los brazos, le miraba asombrada.

No había duda: si aquel señor desconocido no era mister Ketch en persona, tenía que ser alguno de los

suyos (1). Por esto no hubo más que una voz de susto, gritando los pequeños aterrorizados como los pájaros al ver un ave de rapiña.

Al fin pudo hablar Polly, dominando el tumulto y diciendo con temblorosa voz:

— ¡ Oh! Rob, ¡ pobre hijo! ¿ qué has hecho?

— Nada, madre; — contestó Rob con acento lastimoso; — pregúntele á este caballero.

— No se alarme usted, señora; — dijo Carker. — Se trata de su bien.

Al oír esto, la madre, que no había llorado hasta entonces, rompió en llanto. Los chicos mayores que habían concebido la idea de precipitarse en auxilio de su hermano para librarlo, se tranquilizaron y los pequeños que se agarraban al vestido de su madre, se atrevieron á mirar el desconocido por debajo del brazo con que se tapaban la cara. Todos bendecían al caballero de los dientes tan blancos que no quería sino hacer bien.

— Este muchacho ¿ es hijo de usted, señora? — preguntó mister Carker á Polly, dando á Rob una palmadita en la cara.

— Sí, señor; — contestó Polly; — sí, señor.

— Un mal hijo, según me parece; — repuso mister Carker.

— Para mí nunca ha sido malo, señor; — dijo la madre.

— ¿ Para quién, entonces? — dijo Carker.

— Es una mala cabeza, señor — repuso Polly haciendo esfuerzos para que no se le escapara de los brazos la criatura que tenía en ellos y que á toda cos-

(1) El autor alude á las autoridades, evidentemente: al jefe de policía de aquel tiempo, según creemos. (N. del T.)

ta quería precipitarse á Biler; — ha tenido muy malas compañías; pero ya que le han pasado desgracias, sabrá ser bueno de aquí en adelante.

Míster Carker miró á la madre, se dió cuenta de la limpieza del cuarto, de la limpieza de los chicos, de la cara boba del padre y de la madre, repetidas en tantos ejemplares pequeños y, en fin, pareció satisfecho de lo que veía, como si aquel fuera el propósito de su visita.

— ¿Es que su marido no está en casa? — dijo á Polly.

— No, señor; — contestó la mujer; — está en la otra punta de la línea.

Al oír esto pareció que se tranquilizaba Rob: todas sus facultades parecían concentradas en su amo, míster Carker: apenas dejaba de mirarle para dirigir de cuando en cuando una mirada triste á su madre.

— Está bien — dijo Carker; — voy á explicar á usted de qué manera he recogido á su hijo y lo que me propongo hacer de él.

Míster Carker dió estas explicaciones á su modo: dijo que su primera intención había sido corregir de una manera dura al muchacho por haberse atrevido á rondar por la casa Dombey é hijo: pero que luego tuvo lástima, considerando sus pocos años y su arrepentimiento, así como también en consideración á sus padres. Añadió que temía ir demasiado lejos en la protección al muchacho, y que, tal vez, era una imprudencia, pero, en fin, que lo hacía por su propia cuenta y á su riesgo: que nada tenían que ver en esta circunstancia las relaciones anteriores con la familia de míster Dombey, y que él, Carker, únicamente él, era quien intervendría en aquel favor. Tanto aclaró este punto que toda la familia de Toodle, lo

entendió sin la menor duda, y lo manifestó á míster Carker, juntamente con la expresión de su agradecimiento — manifestación y expresión indirectas, es cierto, pero claras. — Podía estar seguro Carker de la fidelidad y la adhesión de aquella pobre gente: por más que este homenaje fuera el que menos le interesaría. En cuanto á Rob, estaba conmovido, asombrado de la confianza que aquel señor ponía en él y le contemplaba como á un ángel custodio: las lágrimas se le saltaban de los ojos hinchados y con un movimiento de su reluciente cabeza, movimiento casi tan agitado como el forzoso de por la mañana, bajo la mano de su protector, dió á entender la firmeza de sus propósitos.

Polly, que había pasado sin dormir Dios sabe cuantas noches pensando en su hijo, perdido desde hacía semanas y semanas, de buena gana se hubiera puesto de rodillas ante aquel caballero, como ante un santo y á pesar de sus dientes! Pero míster Carker se despidió y Polly no pudo hacer más que darle gracias por su bondad, con toda la efusión de madre agradecida é invocando para él todas las bendiciones divinas: en justicia, para el favor que hacía Carker, éste recibía de más y habría tenido que devolver moneda: hubiera tenido que devolverla toda y aun así todavía podría considerarse bien pagado.

Cuando Carker se encaminaba á la puerta para salir, por entre tanto chico, Rob fué á su madre, la abrazó, juntamente con la criatura, y la dijo:

— ¡Lo que es ahora, ya verá usted cómo trabajo! Se lo juro.

— Bueno, hijo, bueno; trabaja, por tú bien y por el de todos. ¿Vendrás á hablarme ahora, cuando te hayas despedido de este caballero?

— No lo sé, madre — contestó Rob con vacilación. ¿Cuándo tiene que volver padre?

— No estará de regreso hasta las dos de la mañana.

— ¡Volveré, volveré luego, madre! — exclamó Rob. Y corriendo por entre sus hermanos que acogieron con algazara de contento aquella promesa suya de volver, alcanzó en la calle á mister Carker.

— ¿Qué es eso? — preguntó mister Carker á Rob, pues había oído el diálogo de éste con su madre. — Parece que tu padre no es muy bueno ¿eh?

— Es muy bueno, señor — repuso el joven con asombro; — no hay otro mejor ni más cariñoso.

— Entonces, ¿por qué no quieres verle? — preguntó Carker.

— Es que hay mucha diferencia entre el padre y la madre, señor; — contestó Rob, luego de pensar la contestación un momento. — Á mi padre le costaría mucho trabajo creer que voy á conducirme bien en lo sucesivo, por más que se inclinase á creerlo, mientras que mi madre... mi madre cree siempre lo bueno... ¡Dios la bendiga!

Mister Carker abrió la boca, pero no dijo una palabra. Solamente cuando estuvo á caballo, después de pagar al hombre que había tenido cuidado de él, miró al joven Toodle y le dijo:

— Irás á verme á la oficina, mañana temprano; te daré las señas del señor viejo que has visto hoy, ¿sabes? en cuya casa vas á estar colocado.

— Sí, señor; — dijo Rob escuchando con la mayor atención.

— Tengo mucho interés por ese caballero, y con servirle á él á mi también me sirves, ¿comprendes?

— Bueno; — siguió diciendo Carker al ver que Rob manifestaba por su cara que había comprendido

muy bien, — pues yo necesito saber cómo vive ese caballero, detalles de lo que hace, porque me intereso mucho por él y no quiero que le suceda nada malo. Sobre todo, me importa estar al tanto de las visitas que recibe. ¿Comprendes?

— Sí, señor — contestó nuevamente Rob con resolución.

— Necesito saber qué amigos son los que no le han abandonado, porque ahora se encuentra solo el pobre; necesito saber quiénes son sus amigos leales, ahora que su sobrino se ha marchado. En especial hay una señorita que tal vez vaya á visitarle; particularmente me interesa lo que á ésta se refiere.

— Tendré cuidado, sí, señor; — dijo el chico.

— Y tendrás cuidado también de no hablar á nadie más que á mí de estas cosas, ¿eh? — añadió Carker encarándose con el chico y dándole en el hombro con el puño del látigo.

— Á nadie del mundo, señor; — afirmó Rob con la cabeza al mismo tiempo que con las palabras.

— Ni ahí — dijo Carker señalando la casa de donde acababan de salir, — ni en ninguna parte. Ya veré hasta qué punto me eres fiel; te pondré á prueba.

No había menos amenaza que promesa en estas palabras de mister Carker y en la expresión con que las decía. En seguida se separó de Rob, dejándole como embobado en su contemplación. Puso al trote el caballo, y al cabo de un rato advirtió que el chico le seguía lo mismo que á la ida y no sin llamar la atención de los transeuntes como antes; acortó el paso del caballo y mandó á su importuno acompañante que se retirase. Por ver, á poco, si éste le obedecía, volvió la cabeza. Era curioso de qué manera el chico se marchaba, pero tornando la vista á cada instante

para mirar á Carker, como si no pudiera menos de hacerlo. Naturalmente, andando de aquel modo tenía que tropezar con la gente; los tropezones le valian codazos y manotadas también de transeuntes molestados; pero todo ello no importaba á Rob nada, tenía una idea fija, y lo demás le era indiferente por completo.

Mister Carker prosiguió su camino al paso, contento como quien ha hecho en el día un buen negocio y se retira á descansar sin inquietudes. Complaciente y afable cruzaba mister Carker las calles, tarareando una dulce canción: era el run run del gato satisfecho.

Y, en verdad, Carker era feliz. Con los ojos de la imaginación se veía tendido, como un gato, á los pies de quien él sabía, pronto á saltar, arañar, desgarrar ó hacer caricias, según le conviniera. ¿No había algún pájaro enjaulado que atrayese sus miradas felinas?

Sí, sí había. Mister Carker pensaba en ello, al mismo tiempo que entre dientes cantaba.

— Una jovencita muy linda. Cuando la vi, la última vez, era una niña que tenía el cabello negro y la cara hermosa; la cara hermosa, sí, bellísima.

Siempre afable y contento, tarareando de manera que los dientes se le estremecían, siguió Carker su marcha trotando por los sitios más limpios hasta llegar á la sombría esquina de la casa de Dombey. Tan distraído estaba en ensartar sus pensamientos, que no se dió cuenta de que había llegado á aquella esquina. Sin embargo, pronto conoció la sombría calle. Entonces, refrenando prontamente el caballo, se paró ante la puerta de la casa de Dombey. Por qué motivo se paró tan de pronto, por qué razón pareció sorpren-

derse, son cosas que requieren una explicación complementaria.

Liberado el antiguo estudiante mister Toots del poder de los Blimber, y dueño ya de una parte de sus bienes, sin que los ejecutores testamentarios pudieran privarle de ellos — según explicó diariamente á mister Feeder durante los seis últimos meses de su permanencia en el colegio — aplicábase con asiduidad y diligencia al aprendizaje de la vida. Deseoso de ocupar una posición brillante y distinguida, empezó el joven mister Toots por poner casa. Una de sus habitaciones era como el santuario del deporte. Allí estaban, ornando las paredes, los retratos de los más célebres caballos de carreras. No le interesaban lo más mínimo estas carreras. No importa. Allí en un gran diván, se pasaba mister Toots grandes ratos, dedicado al estudio de las artes de recreación con que se dulcifica la existencia. Su instructor en este género de artes era un individuo llamado el *Game Chicken* — el Pollo de pelea, — personaje de gran reputación en el bar del *Black Badger* — del Tejón negro. — Este Pollo, que llevaba en pleno verano un levitón blanco peludo, con pretexto de enseñar á mister Toots, le daba de puñetazos en la cabeza tres veces por semana, mediante la módica retribución de diez chelines y seis peniques por la lección (1).

El tal Pollo era para Toots como una Providencia en el aprendizaje de las artes, el Apolo de su Panteón artístico. Gracias á él tuvo un maestro de billar, en la persona de un mozo marcador de tantos; un maestro de esgrima en la persona de un guardia de corps; un profesor de equitación en un alquilador de caba-

(1) Frece pesetas y doce céntimos y medio (*N. del T.*)

los, y tres ó cuatro profesores más, por el estilo, au diversos deportes. Bajo tales auspicios, era de esperar quo Toots hiciese rápidos progresos, y así se puso bravamente á la obra.

Y, sin embargo, Toots no se animaba. Por mucho que aquellos profesores brillasen, con el barniz de la novedad, no se encontraba Toots á gusto; tenía preocupaciones, se hallaba disgustado, y ni el mismo Pollo lograba poner en fuga á tan tenaces enemigos de la tranquilidad de su discípulo. Lo que más complacia á mister Toots era ir á casa de mister Dombey y dejar su tarjeta al criado. Ningún recaudador de contribuciones en el territorio británico — ese territorio grandísimo de donde no desaparece nunca el sol, ni los recaudadores de contribuciones tampoco — fué más puntual y perseverante en sus visitas que lo era Toots en las suyas á la casa de Dombey.

No subía nunca; se limitaba á presentarse, elegantemente vestido, llamaba y decía al criado :

— ¡Buenos días! — eran sus primeras palabras. — Para mister Dombey — eran sus segundas palabras, al entregar una tarjeta. — Para miss Dombey — terceras palabras al dar otra tarjeta.

En seguida daba media vuelta como para marcharse, pero no se iba; ya lo sabía el criado, ya sabía que de ningún modo se marchaba, aunque lo pareciese.

— ¡Ah! dispense usted — decía entonces mister Toots, como si se le ocurriese en aquel instante la idea. — ¿Está en casa la doncella de la señorita?

El criado contestaba que, á su parecer, sí estaba, pero que no tenía completa seguridad. En seguida tiraba de una campanilla, con lo que llamaba al piso segundo, miraba por el hueco de la escalera y decía

que sí, si estaba y bajaría dentro de un momento. En efecto, aparecía miss Nipper, y el criado se retiraba.

— ¡Oh! ¿cómo está usted? — preguntaba Toots poniéndose colorado y riéndose al mismo tiempo.

Susana contestaba que bien, muchas gracias.

— ¿Y Diógenes, qué tal? — era la segunda pregunta de Toots.

— Muy bien — decía miss Nipper, añadiendo que la señorita Florencia le quería cada vez más.

Entonces mister Toots se reía con explosión de risa ahogada, cloqueando como una botella de bebida gaseosa destapada.

— Miss Florencia sigue perfectamente — añadía Susana.

— ¡Oh! eso no importa... ¡Muchas gracias! — replicaba invariablemente mister Toots. — Y dicho esto se marchaba corriendo.

Era seguro que aquel joven tenía alguna idea, algún pensamiento de que si andando el tiempo llegaba á conseguir la mano de Florencia, sería el más feliz de los hombres. En fuerza de recapacitar y discurrir había llegado el joven Toots á esa persuasión y á ella se aferraba. Su corazón estaba herido, lastimado; Toots estaba, en fin, enamorado. Una noche se le ocurrió escribir unos versos, un acróstico de Florencia; toda la noche se le pasó en pensarlo, y con sólo la idea se le habían saltado las lágrimas. En cuanto á los versos, no fué más allá del principio, de uno que empezaba diciendo : Fuera eterno mi amor...

Y allá se le concluyó la poderosa inspiración con que había llegado á poner las letras iniciales de cada verso.

Aparte del artificioso y político proceder de las tar-

jetas en casa de mister Dombey, no se le había ocurrido á Toots medio alguno que le llevara á la realización de sus pensamientos. Pero al fin tuvo una idea luminosa, y fué que, si lograba captarse las simpatías de Susana Nipper, ya tendría preparado admirablemente el terreno para enterarla más adelante del estado en que su corazón se encontraba.

La cuestión estaba en saber qué haría para comenzar sus galanterías con la joven, como preliminar para interesarle en favor suyo. Comprendiendo que por sí sólo no saldría del atolladero jamás, decidió consultar al Pollo, sin iniciarle, por supuesto, en el secreto. Le dijo únicamente que un amigo suyo, del Yorkshire le había escrito pidiéndole su parecer sobre la cuestión — para lo cual compuso Toots una historia análoga.

Entonces el Pollo le explicó que, en tales circunstancias, lo mejor era : « duro y á la cabeza », ó bien « coger la cabra por los cuernos », ó bien « no tener muélas de corchó » y « hablar con lengua de plata ». Con estas instrucciones se quedó el joven Toots más confuso que nunca. Pero en fuerza de considerar lo de « duro y á la cabeza » y lo de coger la cabra también por la cabeza, tomó la heroica resolución de dar un beso á Susana Nipper al día siguiente sin falta.

En consecuencia, al siguiente día requisicionó mister Toots algunas de las mejores galas de Burgess y Compañía, y se puso en marcha hacia la casa de mister Dombey, para la ejecución de sus designios. Desgraciadamente, al aproximarse al lugar del futuro suceso, le faltó el brío, y, no atreviéndose á llamar, empezó á dar vueltas por la calle. Por fin, á las seis de la tarde — desde las tres duraban sus maniobras — tuvo valor para tocar la puerta.

Toda la escena se desarrolló como de costumbre. Susana dijo lo de que su señorita estaba bien, y mister Toots llegó á su frase : « eso no importa ». Pero en vez de marcharse Toots inmediatamente, no se fué; rompió á reír con su cloqueo de gaseosa en botella destapada, y siguió donde estaba.

— Si quiere usted subir... — dijo Susana.

— Sí : en eso pienso — contestó Toots.

Pero en lugar de dirigirse á la escalera, Toots se fué derecho á miss Susana, la dió un abrazo y la estampó un beso en la mejilla.

— ¡ Ah, ah ! — gritó Susana. — ¿ Qué hace usted ? ¿ está usted loco ? — Y se desprendió de mister Toots poniéndose á distancia.

— ¡ Otra vez, otra vez ! — exclamó mister Toots.

— ¡ Váyase usted de aquí ! — clamó la muchacha.

— ¡ Si se llega usted á acercar le saco los ojos ! Tiene mucha gracia el chiquillo... Ea, váyase cuanto antes.

Es de presumir que Susana no se creía en peligro, porque diciendo todo aquello apenas podía contener la risa ; pero Diógenes, que estaba en la escalera y oyó las voces altas y el ruido de pasos precipitados y que por entre los barrotes de la barandilla vió cómo un extraño disputaba con una persona de la casa, Diógenes tomó el asunto muy de otro modo que Susana, bajó la escalera en cuatro brincos y un segundo después agarraba á mister Toots por una pantorrilla.

Susana, gritando y riendo al mismo tiempo, abrió la puerta de la calle y bajó los escalones hasta la acera ; el temerario Toots, acosado por Diógenes, tropezó y rodó al suelo sin que el perro soltara la presa que en el pantalón había hecho, como si la casa Burgers y Compañía quisiera obsequiar aquella tarde al animal con un excelente bocado. Y justa-

mente, cuando más apurado estaba Toots desembarazándose de su furioso antagonista, fué cuando desembocó por la esquina mister James Carker á caballo.

Al fin Diógenes obedeció á las voces que le mandaban entrar en casa y quedó cerrada la puerta. Entonces el malaventurado Toots se refugió en una puerta cochera, y sacando un vistoso pañuelo de seda, que formaba parte de sus prendas de lujo, cubrió con él los desgarrones que el pantalón había sufrido en la pernera.

— Dispense usted — dijo Carker acercando su caballo á mister Toots y sonriendo con afabilidad é interés. — ¿Ha sido usted herido, se ha hecho usted daño?

— No, no, señor; muchas gracias — contestó el joven Toots; — no ha sido nada, muchas gracias. — A poco más hubiera dicho Toots que había tenido mucho gusto en lo sucedido.

— Si es que el perro le ha clavado los dientes... — dijo Carker enseñando los suyos.

— No, no; está muy bien — repuso Toots; — no tiene esto importancia.

— Tengo el gusto de conocer personalmente á mister Dombey — dijo Carker.

— ¿Le conoce usted? — dijo Toots como avergonzado.

— Si, señor. Y en ausencia suya permítame usted que le pida mil perdones por este accidente y le suplique me diga cómo le ha sucedido. — Diciendo esto mister Carker llevó la mano á su sombrero en testimonio de cortesía.

El joven Toots, muy satisfecho del encuentro con un amigo de mister Dombey y de las atenciones que le guardaba, sacó su tarjetero, aprovechando aquella

ocasión de lucirlo, y dió su tarjeta á mister Carker. Este correspondió á la cortesía dando á su vez su tarjeta á mister Toots. Y con esto se separaron.

Mientras Carker se va alejando, despacio y mirando á las ventanas de la casa para ver aquel rostro pensativo que por entre las cortinas contempla á las niñas de la casa de enfrente, surge detrás de los cristales la cabeza de Diógenes. El perro, apoyadas las patas en la misma vidriera, no hace caso de la suave mano que le acaricia: gruñe, ladra, mirando á la calle, siguiendo con la vista al jinete, como si quisiera despedazarle.

— Bien dicho, Di; muy bien pensado: vela por tu ama. ¡Anda con él!... Yergues la cabeza, chispean tus ojos, tú mismo parece que te muerdes no pudiendo morderle... ¡Anda con él... mientras se desliza por la calle! Buen olfato es el tuyo, Di... ¡Anda con él, al gato, al gato!